

¡Y qué bello será ver
En alguna casa aislada,
Junto á la lumbre sentada
Una angélica mujer,

Que reflexiona de un modo
Tan noble como elegante,
Puesto un libro por delante,
Y sobre la mesa el codo!

Ver la luz que alegre brilla
Esclareciendo de lado
El delicioso encarnado
De aquella fresca mejilla.

Ver aquel casto ademán
Que expresa, aunque con reposo,
Lo modesto y lo amoroso,
Lo amoroso y lo galán.

Ver la confiada fe
Con que siente lo que lee,
Porque la hermosa no cree
Que aquel que pasa la ve.

Ver aquel cuadro que arroba
Con objetos hechiceros:
Los dos sencillos floreros
En la mesa de caoba:

El espejo al clavo asido:
El mecedor barnizado,
Donde el faldero mimado
Se hace una rosca dormido:

La puerta del comedor,
Que está anunciando al deseo
Un patio con mucho aseo,
Y un jardín con mucha flor.

Todo exhalando alegría,
Todo limpieza y frescura,
Albergue de una hermosura
Ignorada todavía.

BAJO EL MANGO.

¿Quieres, mi luz, nos vamos á la aldea?
«En hora buena sea.»

Floresta de rimas antiguas castellanas.

¡Oh! si pudieras tú dando la espalda
Á esta ciudad activa y negociante,
Y llamados tal vez, hermosa mía,
Por una fresca y purpurina tarde,
Salir conmigo á pasear á solas,
Tu mano fiel bajo mi brazo amante,
Y así gozar los dos de esas tres dichas,
¡El cielo azul, la libertad y el aire!
Yo te llevaré, caminando lento,
Á un escondido y pintoresco valle
Que al pie de un monte se ocultó modesto
Por no mostrar su gentileza á nadie;
Yo vagabundo trovador, un día
Le sorprendí, me alborocé de hallarle,
Y desde esa ocasión tengo jurado
Que con rima sonora ó prosa fácil
Habré de revelar en dónde existe
Á todo aquel que los paisajes ame.
Para el amor que cavilando llora,
Para el dolor que se disuelve en ayes,
Para todo el que sienta y el que gima,
No hay asilo más bello.—Tú, no obstante,
Que no ves nube en tu horizonte puro
Y existir sin amar no lo alcanzaste;
Tú, cuya frente cándida y serena
La inocencia y beldad ornan iguales,

No vendrás á gemir al valle alegre.
Sola vendrás, observadora amable,
Dando á cada airecillo una sonrisa
Y á cada flor admiradoras frases,
Á demandar al sonrosado cielo,
Por qué es tan bello el fenecer la tarde,
Por qué al unir la voluptuosa noche
Con el día ardoroso y centellante
Parece alzar naturaleza entonces
Un gran himno de boda al bello enlace,
Mientras que susurrando la acompañan
Monte, valle, raudal, insecto y ave.

Ya nos espera en actitud pomposa,
Formando un pabellón con su follaje,
Aquel mango gentil, que porque fije
La curiosa atención del caminante,
Se supo aislar.—Enriquecido siempre
Por el amor de su terrestre madre
De verde ramo y amorosa fruta
Su grueso tronco engalanado atrae:
Salúdalo, mi bien.—Tu, que eres bella,
Y en ese tu mirar casto y süave,
Y en ese ingenuo sonreír descubres
El inocente corazón de un ángel;
Tú, que sabes hallar palabras dulces,
Palabras tan hermosas é inefables,
Que Dios no más á la mujer inspira,
Y que las busca y las bendice el vate;
Tu sola encontrarás el raro idioma
Bañado de color, rico de esmalte,
Con que habla al mundo vegetal á veces
Una tierna beldad que á solas vague.
Y mientras llena de placer recorras
Tan rica infinidad de novedades,
Ya la brisa fugaz que arruga el lago,
Ya el vago azul del horizonte amable,
Ya la hierba sutil que forma al cerro.
Un vestido talar de cola grande,

La blanca quinta entre el montón de palmas,
Y el negro buey que en la colina pace,
Yo clavaré mis ojos en tus ojos,
Y á cada ¡ay Dios! que alborozada exhales,
Iré sintiendo retornar al alma
Mi ausente dicha y mi ventura errante.

Después te rogaré.... ¿pero qué digo?
¡Cómo nos lleva y nos arrastra fácil
Al hermoso país del desvarío
La gallarda ilusión, que toda es aire!
No, hermosa, no. La sociedad ordena,
Legisladora autorizada y grave,
Que no debes romper el noble culto
Con que tu sabia y advertida madre
Te enseña á amar el femenil decoro;
Ámalo pues, y sin venir al valle;
Que yo pretendo visitarlo solo
Y en cada flor me volverá tu imagen.
Cuando tu aguja y tu lección te pinten
La dicha fiel del que trabaja y sabe,
Acuérdate de mí, triste poeta,
Que en tí confunde á la mujer y al ángel.

LA GUAJIRITA DE YUMURÍ.

¿Quién es aquella que está sentada
Á la alborada
Bajo aquel mango largo y pomposo
Que miro allí?
Rubio el cabello, rostro lloroso,
Su tuniqueillo
Corto, amarillo,
Muestra que ha sido la sin reposo,
La guajirita de Yumurí.

La que fué amada de Don Eugenio
Que tiene ingenio,
Dos cafetales y un potrerito
No baladí:
Y como es rico, mozo y bonito,
Vino á Matanzas
Con esperanzas
De olvidar pronto, ved que delito,
La guajirita de Yumurí.

La guajirita no imaginaba
Que la olvidaba,
Y así no exhala cuando se ausenta
Ni un ¡ay de mí!
Él la promete con voz contenta
Que al otro día
Retornaría,
Y bajo el mango le espera atenta
La guajirita de Yumurí.

El alba nace risueña y clara:
Después la cara
Del sol se muestra, toda teñida
De carmesí:
El sunsun busca la apetecida
Flor del granado,
Vivo y alado,
Como la vista del que es su vida
La guajirita de Yumurí.

Porque más gusto después le quepa,
El mango trepa:
No es amadora melindrosita
De las de aquí.
Y aunque los ramos salta expedita
Como podría
Serlo una hutía,
Nada ve, nada, la guajirita,
La guajirita de Yumurí.

Al fin ve un potro que por la senda
Á toda rienda,
Viene, y un negro le monta, que era
Carabali.
Ella al mirarlo toda se altera:
Ve que es Bartolo,
Que viene solo,
Sin Don Eugenio.... Quedó cual cera,
La guajirita de Yumurí.

En una esquela, toda borrones,
Ve las razones
Con que se excusa; y es todo bola:
Nada es así.
Bartolo, luego que ella leyóla,
Mete la espuela,
Y con la esquela,
Sin contestarle se quedó sola
La guajirita de Yumurí.

Ya desde entonces la vida ignora
Del que ella adora:
El no la escribe, ni su criado
Va por allí.
Perdió la pobre su sonrosado
Cutis: su cama
Es lo que ama,
Y allí la tisis ha ya minado
La guajirita de Yumurí.

Y Don Eugenio casó en la Habana
Ha una semana
Con una vieja rica, de un genio
Como un aji:
Pero la vieja tiene un ingenio,
Mina en el cobre....
Y como es pobre,
Nunca recuerda ya Don Eugenio
La guajirita de Yumurí.